

potencialidad que tienen las fuentes consideradas “clásicas” de develar interrogantes de nuestra historia y nuestro presente, tal como lo puede realizar la fuente inédita o “novedosa”. Milos vuelve a consultar los mismos periódicos por los que otros investigadores pasaron (o pasaron por alto) con nuevas preguntas que pudieron hacer hablar esos testimonios. Esto nos reafirma la idea que más que la fuente en sí, lo importante es la hermenéutica que se haga sobre la fuente a consultar.

En suma, Pedro Milos nos muestra lo necesaria que se hace en el tiempo actual, la reflexión sobre nuestra sociedad presente, a través del análisis de nuestra historia política. Sin duda el período del Frente Popular y los gobiernos radicales, han sido objeto de diversas investigaciones, pero el estudio de Milos demuestra que en historia y ciencias sociales no hay temas agotados; y como muestra “Frente Popular en Chile”, los nuevos estudios de historia política, siguen siendo útiles para el aprendizaje de lecciones que fortalezcan nuestra reflexión democrática presente.

Monzant, José Luis, *La conversión de K. La diatriba ideológica del poder*. Maracaibo, Pierre Menard Editor, 2009, pp.

Por Carlos Barros
(Universidad de Santiago de Compostela)

José Luis Monzant es amigo, colega y miembro activo de la red académica internacional Historia a Debate, que me digno en coordinar y dirigir desde Santiago de Compostela, con una participación entusiasta y necesaria de miles de historiadores latinoamericanos, entre los que destaca José Luis y lo que llamamos el Grupo de Maracaibo, sobre todo en lo tocante a la Historia Inmediata, que es en definitiva de lo que habla en su libro el autor, dialogando con el personaje inventado de K. Trasunto de los protagonistas K de las obras geniales de Franz Kafka como el Josef K de El Proceso (1925), que jamás conocerá el motivo de su condena a muerte, como en la real Inquisición.

El libro que referenciamos constituye una meritoria confesión del autor, que se desnuda ideológicamente en lo político y lo filosófico, incluso íntimamente, cuando habla de los instintos. Lo reseñamos con gusto porque constituye una aportación autobiográfica y presentista que pocos historiadores y académicos serían capaces de llevar a cabo de

modo tan descarnado. El género fue iniciado hace veinte y tres años por Pierre Nora que llamó *Essais d'ego-histoire* a un conjunto de relatos de vida social e intelectual de historiadores franceses. Forma narrativa que desde los Estados Unidos se está hoy queriendo recuperar como autobiografías de historiadores, interiorizadas y contextualizadas, que generan fuentes personales de primer orden, al igual que el texto de Monzant, para una historiografía inmediata.

La Conversión de K es, por tanto, un ensayo narrativo y vital del historiador Monzant con elementos de ficción, desde personajes hasta una misteriosa “ciudad” donde tienen lugar diálogos dramatizados (literatura didáctica creada por Sócrates), asimismo inventados. El propio autor desarrolla su discurso ideológico con bastante carga imaginaria, si bien valora en un segundo plano proyectos de “mayor vecindad con la realidad”.

Debe saber el lector que el libelo de mi amigo, y sin embargo colega, fue redactado en noches de insomnio con ansia de publicación, desveladora del sentido liberador de su escritura. Tardé en contestar a la invitación por email y José Luis me escribe inquieto, renovando la demanda, temeroso de que no quiera aceptar el encargo por desacuerdos que intuye: al fin y al cabo soy parte de la izquierda europea que José Luis dice que “no existe”. Para animarme añade que le parecería bien incluso que lo critique en la recensión (sin límite de páginas), lo que muy del estilo de Historia a Debate, donde hemos logrado año tras año beneficiarnos colectiva y respetuosamente de un debate permanente, sobre temas de historiografía e historia inmediatas.

Tal como viene, el escrito de Monzant provoca un debate doble, de orden filosófico y político, por un lado, que no vamos a rehusar, y otro de historia inmediata, que pretendemos alentar, pese que José Luis evita hablar directamente de Chávez, Venezuela y la América Latina actual. Sobre el debate ideológico y teórico, centrado parcialmente por el autor en el materialismo histórico, debemos tener en cuenta que partimos de tradiciones marxistas de origen europeo que, en el siglo XX, se divulgaron y desarrollaron de forma distinta en Latinoamérica y en la propia Europa. Definición de posiciones de partida que está asimismo sujeta al debate, que es necesario clarificar para ir respondiendo a la pregunta -no contestada- que el autor hizo en Maracaibo al nicaragüense Sergio Ramírez sobre las

diferencias históricas y actuales entre la izquierda europea y latinoamericana. Cierta retraso en la difusión en América Latina del marxismo fundado en el siglo XIX por los alemanes Marx y Engels, junto con unas condiciones económico-sociales marcadas por la dependencia, el subdesarrollo y una sangrante desigualdad social, facilitaron la recepción de un marxismo esquemático, estructuralista y mecanicista que tuvo su máxima expresión en el libro *Conceptos elementales del materialismo histórico* (Editorial Siglo XXI, 1969; 51ª edición en 1985), escrito por Marta Harnecker, alumna en Francia del padre del estructuralismo marxista, y miembro del PCF, Louis Althusser. El autor califica el compendio de la escritora chilena -después, cubana- de “ideologizante catecismo marxista”, sin embargo lo recomienda, en 2009, al personaje K aprisionado por su “falsa conciencia” para que se convierta, pensando -supongo- que como novato debería empezar por el principio.

En contraste con lo anterior, en Europa la teoría de Marx evolucionó del objetivismo anti-humanista de Althusser a lo que Perry Anderson denominó en los años 70 el “marxismo occidental”, en buena parte diferente y contrapuesto en aspectos importantes al marxismo-leninismo soviético (difundido directamente en América Latina por los partidos comunistas), que tuvo su cenit filosófico en la escuela de Frankfurt (Horkheimer, Adorno, Marcuse, Habermas) y Antonio Gramsci, fundador del Partido Comunista Italiano; su cenit historiográfico en la escuela de Past and Present (Hobsbawm, Thompson, Carr) y su expresión política en los años 60-70 en el eurocomunismo italiano y español, que vincularon -al tiempo que Alexander Ducbek en Checoslovaquia- por vez primera socialismo y democracia desde una óptica comunista, aunque fugaz. Algo que Engels ya había apoyado en los inicios alemanes de la marxista II Internacional Socialdemócrata (1889), y que hoy tiene una renovada actualidad internacional -aunque no guste a algunos seguidores de Harnecker de los años 60- a partir de la formulación y práctica venezolana y latinoamericana del llamado “socialismo del siglo XXI”, que conquistó el poder democráticamente. Dos tradiciones, por tanto, marxismo revolucionario y marxismo reformista, que en la primera década del siglo XXI, tienden a encontrarse paradójicamente en Venezuela y los países del Alba para perturbación del marxismo de catecismo, aceptando la calificación excesiva de mi amigo

José Luis, sobre todo porque veremos que no le es tan ajena. “Socialismo del siglo XXI” que asume, sin decirlo, lo que tiene de democrático y reformista el marxismo europeo (no estalinista) del siglo XX, lo que genera no pocos conflictos interiores en la izquierda académica latinoamericana.

Pretendemos, por consiguiente, trasladar el debate de la ideología marxista a la historia inmediata, especialmente significativa en América Latina. Queremos transitar de los plurales paradigmas marxistas de los siglos XIX y XX a los análisis urgentes de la historia turbulenta que estamos viviendo (diversamente) a los dos lados del Atlántico, remontándonos a la caída del muro de Berlín y concediendo una especial importancia al giro histórico a la izquierda de América Latina en la última década, iniciado precisamente en el país real del autor del libro que nos ocupa. Sobre la base siempre de esa nueva regla de “intercambio igual” (que compartimos con el movimiento altermundista, cuyos debates digitales no suelen ser tan tolerantes, como bien sabe Monzant, lector asiduo de *Rebelión*) en el campo de la reflexión y el debate. Intercambio igual que no pretende anular, ni descalificar, las diferencias de tradición, situación y opinión, como pasó tantas veces en el ideológicamente sectario siglo XX y todavía pasa hoy, como se ve, por ejemplo, el duro trato que el autor da al imaginario K, partidario de la oposición y luego un (mal) convertido al marxismo latinoamericano de los 60-80. Diálogo, pues, sin jerarquía previa ni imposición de un parte sobre la otra. No vaya a ser que se entienda mi comentario crítico como lo que se hacía malignamente en la izquierda y la extrema izquierda sesentista y setentista, donde los compañeros te hacían la “autocrítica”, sí o sí, como se dice en Argentina. No habrá pues, por mi parte, penitencia o absolución para José Luis Monzant, que se ha atrevido a decir lo que piensa, si acaso contribución fraterna a encontrar respuestas que calmen el dolor existencial que se infiere de su relato autobiográfico.

El libro del historiador maracucho se lee de un tirón, es entretenido, a unos le enfurecerá, a otros le gustará, los indiferentes no nos interesan, justamente porque van a considerarlo asunto de interés demasiado ideológico y latino, o poco académico. Al resto, que somos mayoría en el universo crítico de *Historia a Debate* (además de los alumnos de Monzant), se lo aconsejo vivamente, está además bien escrito y

tiene su intriga: uno nunca sabe lo que le va a pasar ni al pobre K o al autor super agobiado por el “sistema”: ambos sufren y son infelices, por lo tanto humanos. La obra pone de relieve, por último, la irreductible sinceridad, honestidad y compromiso social del historiador Monzant, ajeno por lo demás a cualquier “mitología militante” o carrerismo político (es, o fue, chavista sin carnet ni cargo alguno). El estilo literario, desenfadado, incluso alegre en la forma pero serio y dramático en el fondo, descargado del “ardor citatorio y comprobatorio de la academia” (que suele Monzant frecuentar en sus trabajos historiográficos, como todos nosotros), facilita una rápida lectura y ahuyentará a los “positivistas de la facultad” que tanto disgustan al autor, pero también a los académicos de lo que antes se decía el “primer mundo”, que aún tienen el feo y colonial hábito de mirar por encima del hombro a los colegas latinoamericanos. Pas problème, estaremos mejor sin ellos, amigo José Luis, ampliaremos tu ciudad imaginaria (volviéndola del revés como hizo Marx con Hegel) y arreglaremos el mundo (mejor dicho, intentaremos ayudar en algo) y no digo “salvar el mundo” porque sé que no te gusta, con toda razón.

Llegado a este punto, y antes de entrar en materia, siendo mucho, largo y sustancioso lo que hay que tratar, ruego al querido lector, o lectora, que deje aquí mismo la lectura de esta dura recensión y lea, sin dilación, el libro de mi amigo Monzant, no vaya a ser que resulten condicionados por mis leves críticas (la fuertes tienen un destinatario colectivo, de hecho podríamos titularlo: Carta abierta a un académico latinoamericano) y se pierdan la diversión. Después, si les placen, pueden volver a esta humilde reseña, recuerden entonces que lo dejaron donde se dice:

En la burbuja. Tengo que confesar que la lectura de la primera mitad de libro me causó una gran impresión. Conocemos a José Luis Monzant en *Historia a Debate*, desde el 19 de noviembre 2001, cuando junto con Jhonny Alarcón y Norberto Olivares, se adhirió a nuestro Manifiesto historiográfico del 11 de setiembre de 2001, entre cuyos firmantes estaban ya los historiadores del mismo grupo marabino: Antonio Soto (†), Roberto López y Juan Eduardo Romero (posteriormente se adhirió Ángel Lombardi Jr., Fárido Caldera y otros). A partir de ese momento, José Luis participa asidua y apasionadamente en el intenso debate de *Historia Inmediata* sobre Venezuela, en

defensa de Chávez, que llevó con energía e inteligencia al III Congreso de nuestra red (Santiago de Compostela, 2004). De ahí nuestra sorpresa y preocupación cuando empezamos a leer su apasionada diatriba (“Discurso o escrito violento e injurioso contra alguien o algo”, según el Diccionario) “ideológica” contra el poder, so pretexto de la conversión del tonto de K, ubicado todo ello en una ciudad imaginaria...

Empieza José Luis reivindicando el “vivir en libertad” como atributo humano, que no entiende políticamente sino ligado a los instintos de “nuestra animalidad”, por un lado, y a la “ciencia en Marx”, por el otro, interpretada ésta como destrucción de la “ideología”. Pasando así a criticar acerbamente la democracia (que no distingue de la dictadura, seguramente porque no la vivió), la opinión pública (que presupone totalmente modelada por los medios de la derecha) y la academia (que forma parte del sistema, como reproductora de “ideología”), olvidando a los académicos críticos, que somos legión. Nos alerta, en suma, sobre una derecha invisible, que lo puede todo, que “está en todas partes”, contra la que nada o casi nada se puede hacer. Más adelante escribirá hasta tres veces, a modo de resumen que “el capitalismo es diabólicamente perfecto”, no exento de cierta admiración.

Nos imaginamos inevitablemente a nuestro amigo y colega, pues, como buen personaje kafkiano sufriendo la asfixia y angustia de un sistema capitalista y falsamente democrático. Me recordó un cuadro surrealista que tenemos en casa (hace años que está en el desván) donde se ve un hombre con las manos apoyadas en una burbuja transparente e impenetrable, de la que no puede salir: metáfora de la dictadura que quería representar. Pero nuestro Monzant vive en una democracia pluralista gobernada por Chávez y el partido chavista (al cual sabemos que apoya críticamente), que lleva una década ganando por mayoría absoluta las elecciones una tras otra, con la mayoría de los medios de comunicación social venezolanos (y mundiales) en contra, precisamente. Malos historiadores seríamos si no colocáramos en su contexto histórico la larga digresión, supuestamente imaginaria, de nuestro amigo historiador. Y si lo hacemos, malamente podremos aplicar al ámbito venezolano, incluso latinoamericano, de los últimos años la desesperanzada teoría crítica de Monzant sobre el carácter inexorablemente burgués del sistema económico, político e ideológico de su alienante “ciudad de dios”,

donde como en la película del mismo nombre los actores exclaman: “lucha y nunca sobrevivirás”. Se comprende la desazón del Monzant ciudadano en un municipio (Maracaibo) y un estado (Zulia) donde la oposición de derecha suele tener más votos, pero ¿no está el resto de Venezuela, casi en su totalidad, gobernado por el chavismo? ¿No tendría que ser la oposición, y no mi querido colega, quién tendría que estar agobiada por el chavismo dominante? A continuación barrunté que tal vez mi amigo quiere prepararnos mentalmente (“ideológicamente”) para la inminente caída de Chávez, consulté medios antichavistas y parece que no: una encuesta del jornal El Nacional, con vistas a las elecciones legislativas de 2010, ofrece un 39 % de venezolanos que opinan que el Gobierno lo está haciendo bien o muy bien, ya le gustaría a nuestro Zapatero... Por lo tanto, se trata de una crisis personal de ilusión, acompañada posiblemente de una de esas crisis existenciales que, a partir de los 40 años (Monzant nació en 1967), suele perseguirnos cada cierto tiempo. Lo intuí al darme cuenta la cantidad de veces que el autor de la “diatriba ideológica del poder” critica a los “viejos” que con la edad se hacen conservadores y cambian de bando. En realidad, José Luis escribe el libro para decirnos -gritarnos, más bien- que no piensa convertirse en un viejo conservador, ni cambiar de chaqueta, si no que seguirá donde estaba pero más radicalizado, en el sentido de un pensamiento todavía más crítico (en todas las direcciones), escasamente autocritico (hay que leer entre líneas, para sentirlo) y nada alternativo (falta de propuestas). Con lo que nos alegramos por el amigo y la causa de la humanidad, pero quedamos preocupados por la aparente falta de modelos y perspectivas, pese a la voluntad de fondo izquierdista.

Instinto vs. Feminismo. Siguiendo el relato, vemos que José Luis, por un momento, abandona como interlocutor al idiota de K e inicia un diálogo con Mariana Veas, chilena y académica (filósofa), que le escribe privadamente, después de leer su artículo La derecha invisible en Aporrea.org, para decirle provocativamente “ya no soy de izquierda”, atacando esos “términos odiosos” de izquierda y derecha, capitalismo y socialismo, y concluye: “nadie nos trata como personas y a las mujeres, por seis mil años, menos aún”. Mariana confiesa que tiene 60 años (de la revolucionaria generación del 68, como yo mismo, por fortuna), evolucionando desde el troskismo

setentero al feminismo. Su contraparte, embebido en su furor “destructivo”, no se percató de que de Mariana se expresa desmesuradamente como el mismo Monzant, quien erre que erre interpreta ineducadamente el supuesto desencanto de la filósofa chilena “como algo que viene de la madurez”, calificándolo incluso como “el cambio de bando político que usted parece manifestar”. Todo viene, desde luego, de que mi amigo Monzant no valora como seguir en el mismo bando el cambio de Mariana del marxismo revolucionario al feminismo. Porque en lo demás, José Luis, que por reacción defiende justamente la validez del binomio izquierda / derecha, no está tan distante de Mariana cuando muestra su decepción (destruccionista, para no variar) con “el socialismo soviético, el chino y el cubano” que “sólo han implicado la profundización dictatorial del capitalismo de Estado para convertirse en algo así como lo que los politólogos de derecha, que también existen, porque no han dejado de existir, llaman Estado total”. Incluso se permite Monzant aquí una referencia oculta al chavismo oficial: “Tampoco estoy de acuerdo con ponerle nombre al futuro. Me refiero a que no tiene que llamarse «socialista» necesariamente una sociedad más justa que la capitalista”. Rebaja de aspiraciones marxistas, que nos da pistas, junto con su antiestatismo total y su amor por los instintos, de lo que parece una reconversión “ideológica” del ciudadano Monzant desde el marxismo de Harnecker a una mezcla explosiva de marxismo, anarquismo y una instintiva anti-Ilustración. Suele decir el autor que se opone al proyecto moderno por venir de Europa, pero sigue al europeo Hobbes y su Leviatán (“Guerra de todos contra todos”; “El hombre es un lobo para el hombre”) al asumir su maligna y pre-ilustrada concepción del ser humano, cuando dice de sí mismo y otros desencantados: “idealizaron la izquierda y sus posibilidades; quizá porque no conocen en realidad la naturaleza humana”. De nuevo el pesimismo antropológico de mi amigo Monzant, que suele añadir al discurso del “mal salvaje” de Hobbes, una lectura hartamente parcial de Freud: le encanta el Ello (impulsos primarios), pero no el Yo (principio de realidad) y menos todavía el Superyo (conciencia moral) que completan la teoría del psicoanalista austriaco.

Pero veamos cómo termina el diálogo con Mariana Veas (de lo más recomendable, al ser las dos partes inteligentes), que responde educadamente (“estimado profesor”) al autor que sibilamente acaba de meterse con su edad

madura, descalificándola como “traidora”, sin considerar educadamente su condición femenina, me temo, bien patente cuando con un encanto sin par nuestra filósofa agradece a José Luis “sus palabras de respuesta”, reconoce autocríticamente (siempre tan difícil) que su misiva fuera una bomba de racimo, y no menos finamente contraataca criticando que se siga defendiendo “lo que hicimos” a “principios de los setenta”: “Fue entonces cuando acuñamos el «momio», término que representaba la destrucción total del otro, del oponente político... es decir, «marcarlo para eliminarlo» que es en fin de cuentas la causa de todas las guerras civiles y de las guerras en general”. A partir de aquí la fastidias, amigo, algún instinto tuyo se sublevó, porque sin venir a cuento (no sabemos siquiera si Mariana está casada) criticas la “monogamia” como un mal profundo del capitalismo “diabólicamente perfecto” con raíces lejanas en el “patriarcalismo milenarista”, que Mariana había citado correctamente en el primer mensaje como culpable de que no se las hubiera tratado como personas durante miles de años. Siento que lo que te enfurece, José Luis, es que la “trovadora del Sur” -como tú dices- proclame, en este segundo mensaje de fondo más serio, eso de que “no estoy desencantada”, contraponiendo al “vaivén instintivo ataque y defensa” la “poesía que cambia el mundo porque desarrolla la sensibilidad”, el amor y los “detalles, de persona a persona, uno a uno; nada de eslogan ni concentraciones, al oído, bellamente...” Para despedirse de colega a colega con “un abrazo fraterno de Mariana Veas”. Deberías habérselo devuelto, José Luis (todavía estás a tiempo), en lugar de reservar tu peor respuesta. Desconocedor de que en Chile la palabra ‘momio’, en masculino, tiene el significado de reaccionario, te resientes por la alusión y les dices a tus desprevenidos lectores, enemigos y amigos, entre los que me incluyo: “Queda dicho que el solo señalamiento de los beneficiarios de la ideología «marca» y me convierte en un «momio», y no en «una» momia, como siempre hemos dicho. Decir «momio» no deja de parecerme una curiosidad de género o una suerte de factura feminista, innecesaria y equivocada, por demás, como mucho de lo que se hace en nombre de esa doctrina revanchista que es el feminismo, o para decirlo en dos palabras, el feminismo sólo me parece la inflamación opuesta al machismo”.

Dije al principio que este comentario sería crítico, pero no tenía la intención, de verdad, más allá de abrir un necesario debate de interés

general. Haré una sola excepción: el antifeminismo de Monzant, del que discrepo cordialmente. Porque sé que se trata de una actitud de fondo instintivo, machista y patriarcal, extendida en las sociedades latinoamericanas (incluida parte de la izquierda académica y radical) contra la que se lucha poco o nada. Antifeminismo social y político que unido a la inseguridad general, y al poco valor de la vida humana, viene a legitimar, se quiera o no, la violencia de género y las masacres de mujeres tipo Ciudad Juárez. Versión académica de esta subcultura supuestamente varonil, y tan necesitada de psicoanálisis personalizado, es precisamente el “feminismo como revanchismo” que se recoge -me gustaría decir que salió sin reflexión- en La conversión de K. La diatriba ideológica del poder, poniendo al mismo nivel la víctima y el agresor, el género que es dominante y el género que es dominado desde que la historia es historia, hasta hoy, que empiezan a cambiar dichas relaciones en algunos lugares, no sin dificultades, con precio de sangre. Un profesor de filosofía argentino, Enrique Lynch, afincado en Barcelona, donde presentó -¿por qué no nos sorprende?- una tesis de licenciatura en la UAB sobre “La teoría del poder en Thomas Hobbes”, publicó en El País (19/11/2009) un libelo contra las mujeres (basado en la leyenda académica que Monzant reproduce, y experiencias personales me temo) titulado Revanchismo de género, que ha desatado un maremoto de respuestas indignadas de hombres y mujeres de la civilizada España, donde tenemos una de las leyes más avanzadas contra la violencia de género, y una residual pero peligrosa “falsa conciencia” sobre la “necesidad” de “defender al varón” de la mujer crecientemente emancipada de una manera atroz: matándola física o simbólicamente. “Ideología” antifeminista hoy bastante combatida, interna y externamente, por las organizaciones de izquierda en todas sus versiones, a diferencia de los años 60 y 70, en España y otros países.

No se puede pretender cambiar el mundo en lo social y dejar como han estado siempre las relaciones de género, amigo Monzant. Ya tienes aquí una de las diferencias (relativas, pero reales), generadas por los distintos contextos y dinámicos internos, que tanto te preocupan entre las izquierdas latinoamericana y europea. La realidad es que muchas de las reivindicaciones sociales pendientes de satisfacción en América Latina ya fueron conseguidas en Europa, no sin coste. Por medio

de un ciclo secular de luchas intelectuales, sociales y políticas, desde la Comuna de París hasta Mayo del 68, desde la Ilustración anti-feudal y anti-absolutista hasta el materialismo histórico. Las izquierdas europeas, con sus complejas relaciones complementarias entre reforma y revolución, triunfaron hace tiempo en resolver la parte más lacerante de la pobreza, asegurando una educación y una salud públicas de buen nivel al alcance del conjunto de la población de la que, por ejemplo, los Estados Unidos están todavía lejos. Estado de bienestar social que hace al capitalismo europeo más justo, democrático y diferente del que todavía sufren amplios sectores de las clases populares en América, África y Asia (por no hablar de la situación en la Europa del Este después del socialismo soviético).

Desde 1968 la izquierda europea se plantea, además de lo anterior (que hay que defender y desarrollar, día a día, con políticas públicas de izquierdas), apoyar los nuevos movimientos sociales que han venido demandando respeto al medio ambiente, terminar con la discriminación de la mujer, legalizar el divorcio y el aborto (otra causa grave de mortalidad femenina), permitir a gays y lesbianas vivir libremente sus opciones sexuales (por fin, posible en México D.F.), etc. Derechos humanos, sociales y civiles (no instintivos), que la parte más representativa e inteligente de la izquierda latinoamericana está empezando a incluir en sus luchas, desbordando en el siglo XXI las paralizantes versiones ideológicas de la “izquierda derrotada” (importada, en buena medida, de una Europa que ya no existe) de que suele hablar Álvaro García Linera (BBCMundo.com, 21/12/2005), y de la que supo apartarse a su modo la colega feminista chilena que te sacó de sus instintivas casillas.

Ciencia vs. Ideología. Dejamos descansar la cuestión feminista, querido colega, y volvamos a tu diálogo menos sangriento sobre el racionalismo científico con el divertido engendro de K, que imagino tranquilizador para tu ego, puesto que sabes que nunca lo vas a convertir (por falta de alternativas), ¿cómo explicar si no que le llares anti-pedagógicamente idiota una y otra vez? Hacia la mitad del libro, con todo, el autor cambia aparentemente de actitud y como ya mencionamos le deja prestado, como alguien hizo con él a su edad, el famoso “catecismo marxista” de Marta Harnecker que tanto te impresionó veinteañero en la Universidad del

Zulia de los primeros años 90, o tal vez antes, en el colegio elitista Udón Pérez de Maracaibo, instituciones ambas hoy según mi amigo dominadas por jóvenes alienados como K, quien finalmente tomó conciencia: “Tanto se emocionó K, pues, que dizque quería «transformar el mundo»”. Increíble, desde luego, con lo tonto que decías que era. Salvo que el escritor precise de la falsa conversión de K para decirnos algo que le cuesta reconocer, veremos. El áter ego de Monzant sale respondón y se desdice pronto: “todo es ideología”. También la izquierda, en determinadas condiciones, reconoce el autor ahora por su propia voz, “falsifica” de alguna manera la realidad: “no estoy diciendo que no haya ideología de izquierda...la elaboración de ideología está asociada al ejercicio del poder”. Proclamando así su opción por un “movimiento libertario de izquierda” liberado de la “falsedad ideológica” de los movimientos marxistas contaminados por el ejercicio del poder: “el marxismo soviético y sus sucursales europeas y latinoamericanas, asiáticas y africanas”. Se deja entrever el desencanto de nuestro académico egresado de la Universidad del Zulia, en 1995, con los largos años de su maduración (desde los 31 años) dentro de la Venezuela chavista (1998-2009). Insiste más adelante José Luis, en plena madurez, en su criticismo total hacia el poder, sea del signo que sea: “Si algo fue hecho desde las afueras del poder, «bien pudiera» no ser ideológico en cuanto falsa conciencia que oculta y justifica privilegios, injusticias, ganancias y beneficios; pero movimiento libertario que alcanza el poder y no quiere o no puede cambiar las causas de la desigualdad, aunque sí pueda permanecer en el poder, entonces necesita ideologizar y lo hace”. Es decir, el “poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente”, máxima liberal-burguesa de Lord Acton lanzada en 1887 contra la corrupción de la Iglesia de Roma, y recogida hasta el presente como principio esencial del anarquismo por medio de Bakunin, adversario de Marx por la cuestión poder, entre otros temas, en la I Internacional de trabajadores (1864-1876).

Pero cuando el lector acostumbrado a analizar documentos cree ya que tiene “ideológicamente” ubicado el autor en la pura anarquía, este da un nuevo salto que nos sorprende relativamente, después de haber sufrido con él los agobios enajenadores del “capitalismo diabólicamente perfecto”. Proclama el autor su axioma fundamental: “los planteamientos de Marx son

ciencia verdadera”, añadiendo, por si quedaran dudas que “los marxismos de aquí y de allá son ideología, que quede claro, y lo son por tergiversadores, por falsificadores de lo real; no únicamente porque se trate de teorías descontinuadas por editoriales y facultades”. Olvidando que los marxismos nacen de Marx y que el mismo Monzant sigue con pasión la lectura (véase si no el capítulo VI de *Conceptos elementales*, 15ª ed., 1972) que del propio Marx hizo el estructuralismo marxista (marxista-leninista) que tan eficazmente Marta Harnecker difundió en América Latina, propagando nociones aseguradoras y salvadoras de un marxismo “científico” que descubre contradicciones antagónicas que inevitablemente llevan a la superación dialéctica del capitalismo mediante una transición socialista que conducirá a la sociedad sin clases ni Estados, denominada comunista. Esta última parte futurible a Monzant ya no le interesa, porque supone la toma del poder (fase marxista de la “dictadura del proletariado”), pero sí y mucho la “cientificidad” de la explotación de los obreros por los patronos, que haría “obligatoria” la conciencia de clase (conciencia social, si hablamos de los pobres), “marcando” -diría, acusadoramente, Mariana- como pinches ignorantes a quienes no acepten la “ciencia verdadera” del “genio alemán”.

Nuestro autor precisa al fin y al cabo recurrir al concepto absolutista de ciencia (marxista) que niega al positivismo y al neopositivismo (Popper), pese a sus críticas al marxismo cataquético en otras partes del texto (resuelve la contradicción negando todos los marxismos, salvo a Marx). Recaída cientifista (lo que Monzant echa por la puerta, vuelve por la ventana) que precisa para contestar a preguntas éticas como ésta: “Si todo es verdad... ¿cuál es el papel de la mentira?”. Dicho de otro modo: ¿cómo diferenciamos la verdad de la mentira? Si el capitalismo es la gran mentira y los socialismos “realmente existentes” le fueron a la zaga, qué nos queda: la certeza final en un Marx genuinamente científico en lo epistemológico, dice Monzant. Aunque ello suponga obviar otras aportaciones fundacionales del diverso Marx, por no hablar de otras lecturas del fundador del marxismo menos objetivistas y economicistas, más adaptables a la fluida realidad sociopolítica y cultural. Cientifismo imperativo que, aunque no sea la intención del autor, puede llegar a convertir en clones de K -“marcar”, diría Mariana- a aquellos que potencialmente no coincidan con la verdad “científicamente”

establecida, dentro y fuera del marxismo, dentro y fuera de la izquierda: tontos útiles del capitalismo. Ya pasó en el siglo XX, y le costó la vida a mucha gente, aunque no volverá a pasar porque los sujetos históricos han aprendido de sus errores, y el contexto económico y social ha cambiado radicalmente desde la caída del Muro.

Aunque no lo diga, el autor sitúa su ideología particular en un contexto sociopolítico, es un lector atento, y no es tan ajeno como a veces quiere parecer a los esfuerzos pasados y actuales por cambiar el mundo (a lo que han renunciado más intelectuales que gente común, que no tiene otro camino para mejorar). Pienso incluso que el interés que nos estamos tomando por analizar la ideología político-filosófica de José Luis Monzant, además de la amistad, es por su representatividad del académico “pensamiento crítico” latinoamericano, excepto tal vez (no tengo suficientes datos) en lo relativo al asunto de los instintos, que tiene mucho de privado. Cuatro ingredientes hemos identificado en la ideología (“conjunto de ideas”, con su componente imaginario) de José Luis Monzant, aparentemente contradictorios entre sí porque tiene la habilidad -le va la cordura en ello- de eludir aquello que pueda ser antagónico, con el resultado de cierta coherencia en la diversidad, por lo demás característica común de las nuevas izquierdas en el nuevo siglo.

Primeramente, coge el autor del marxismo original el cientifismo socioeconómico, desdeñando -al menos en el libro que nos sirve de fuente- tanto la “lucha de clases” (papel decisivo de los movimientos sociales) como la estrategia axial de la conquista del Estado con el objeto de transformar la sociedad en un sentido socialista, fase transitoria del advenimiento de la sociedad sin clases (comunista). Lo que le permite combinar la crítica científica totalizante de Marx al capitalismo, con la crítica anarquista del Estado y del poder en general, medio corruptor de cualquier proyecto de emancipación social (prejuicio asimismo muy presente en el movimiento social anti-globalización). El tercer elemento que adopta Monzant en su ideología es la “opción por los pobres” implementada por la cristiana “teología de la liberación”, tomando nota de la composición desclasada de las mayorías sociales en América Latina (chocando con el protagonismo del proletariado en Marx y Bakunin). En cuarto lugar, encontramos la citada y peculiar teoría de los instintos que bebe tanto

del irracionalismo hobbesiano como del descubrimiento de Freud sobre el peso en la psique humana de los impulsos primarios, Eros y Tanatos, olvidando la finalidad curativa de la teoría psicoanalítica del médico vienés. En suma, toda una propuesta (subyacente) de actualización de un pensamiento crítico latinoamericano que desde los años 60 (cuando nace el autor) gira alrededor del marxismo estructuralista, compatible con el estalinismo. Pensamiento crítico basado más en la destrucción (término que emplea repetidas veces) que en la construcción (aparente falta de propuestas), pese a vivirse en Venezuela y América Latina procesos inéditos de construcción de nuevas realidades políticas y sociales, que algunos llaman o quieren llamar socialistas. Con lo que resulta evidente la tensión –uno de los motivos larvado del desasosiego existencial de Monzant - entre esta izquierda académica-pensamiento crítico (“destructor de la ideología”, “disconforme y fustigador”, dice con pasión José Luis) y la izquierda política y social que accedió pacífica y democráticamente al poder, durante la pasada década, en buena parte de América Latina (incluida Venezuela) con programas y realizaciones de cambio social.

Con lo cual, llegamos a lo que Monzant denomina el “epílogo” de su discurso contra la “falsa ideología” del poder capitalista. La intriga del relato dura hasta el final, aunque los espectadores avisados seguro que identificaron pistas: el autor, sincero como siempre, contesta que “no tengo la propuesta” cuando le piden, amigos y alumnos, alternativas para liberarse de la “falsa conciencia” engendrada por un “capitalismo diabólicamente perfecto”. Incluso el converso frustrado de K le ruega a su académico creador que “haga ciencia” y “sistematice un programa pedagógico y didáctico de ‘desideologización”, pero nada. Menos todavía se plantea Monzant meterse con posibles alternativas sociopolíticas al capitalismo dominante, o teorizaciones sobre el “socialismo del siglo XXI”. Le basta con el “pensamiento crítico”. Tampoco en el catecismo setentista de Harnecker se habla -evitando tener que referirse a la Unión Soviética- de la sociedad que se quiere construir...

Con todo, aunque afirma que “si algo no quiero ya a estas alturas de la vida [42 años, tiene mi amigo, quién los pillara], es convencer a alguien de nada”, como buen profesor, José Luis Monzant termina ofreciendo consejos.

Respondiendo al leninista “¿Qué hacer?” con una propuesta clara, por una vez: leer, escribir, publicar, dar clases; “dar clases ayuda, y esto es a todas luces una contradicción mía, un exceso de optimismo”, pero “salvar el mundo... ya no”. No está mal que reivindicemos la academia, que es mucho más que la superestructura “ideológica” capitalista que retrata al principio (otra contradicción del autor). También nos place otra propuesta que añade: “conversar todos los días, aquí y allá, sobre una cosa y la otra, durante varios minutos, a veces horas” (José Luis lleva años reuniéndose con otros profesores amigos, citados al principio de esta reseña, en la fabulosa tertulia de la mesa 15 del Café Irama). Pero ninguna de estas constataciones positivas, desproporcionadamente privadas (como la negativa a dormirse “en la seguridad antivenérea de la monogamia”) en comparación con la crítica absoluta y pública del sistema social, me evita la honda inquietud con que termino la lectura de *La conversión de K*, con las últimas palabra del autor renunciando (aparentemente) a la felicidad: “Para embrutecer, como para fracasar, como para vivir en la estulticia, en la negación de lo real bajo el freudiano principio de ilusión; en esta fantástica falsificación de lo real en la que K vive ahora, lo único que hay que hacer es nada: vivir feliz”.

Navarrete, Luis, *La historia contemporánea de España a través del cine español*. Madrid, Síntesis, 2009, 318 pp.

Por Romina De Carli
(University of Trieste, Italy)

Es cierto que la irrupción del cine entre los medios de comunicación de masa lo ha convertido en una interesante fuente para el historiador y para cualquier otro investigador que quiera profundizar en el poder que, a través de las imágenes, se puede ejercer transmitiendo una visión de la realidad forzada y poco objetiva. En especial, resulta ser de particular interés el análisis de aquellas numerosas películas que, en diferentes épocas, han vulgarizado hechos históricos así como obras relevantes y fundamentales en la identidad de un país como de una determinada cultura. Por eso, y a pesar de no ser la producción cinematográfica una fuente histórica propiamente dicha (es decir, un recurso que ayude al investigador a echar más luz sobre el acontecimiento histórico que la película reproduce), la fuente cinematográfica es un instrumento clave para reconstruir tanto la